

LA MÚSICA DE SCHUBERT

AGRUPACION NACIONAL
DE
MUSICA DE CAMARA

PROGRAMA
SCHUBERT

Soprano: LOLA RODRIGUEZ DE ARAGON
Al piano, ALFREDO ROMERO BRAVO

TEATRO MARIA GUERRERO

Jueves, 7 de mayo de 1942

LA MÚSICA DE SCHUBERT

La música de Franz Schubert, hoy venerada por todos, no llegó a traspasar, en vida del autor, un reducido círculo de incondicionales vieneses, organizadores de *Schubertiadas* y compañeros del gran romántico en su absurda vida de ensueños y privaciones. Las corrientes del día, la moda, nos lleva a entrometernos, quizá exageradamente, en la vida íntima de los grandes hombres sujetos ¿y cómo no? a las pequeñas miserias de todo ser humano. Se habla mucho de su cotidiana existencia, y poco o nada de su labor artística. Schubert murió en 1828, un año después que Beethoven, es decir, que en la misma ciudad se llegaba a la cumbre del clasicismo y del romanticismo, en el primer tercio del siglo XIX. Esto ya significa algo importante, digno de comentarse. Pero, aun dejando a un lado cuanto concierne a la gigantesca obra de Beethoven, quien, reconcentrado y huraño, agonizaba en la casa de los *Espanoles negros*, limitándonos a Schubert, presentaremos un paralelo entre su música arquitectural: sonatas, cuartetos y sinfonías; y sus *lieder*. Aquellas obras suponían una prolongación de las formas clásicas; en el *lied* bien puede llamarse creador a Schubert, pues, aunque hubo antes que él compositores de canciones, este género hubiera muerto sin su impulso genial, del mismo modo que la sonata de Felipe Manuel Bach se hubiera extinguido sin la intervención genial de Haydn.

Tanto en la música de cámara, como en la canción de Schubert, brota inagotable, la inspiración lozana y fresca, que, cual surtidor cristalino, brilla esplendorosa, quebrándose en miríadas de luces, en polícromía infinita. Ahora bien, el *lied* es, a su modo, una impresión. He aquí una cuestión interesante para los musicólogos, cuando nos hablan del impresionismo moderno, localizando en la escuela de Debussy el movimiento impresionista. Schubert fijó musicalmente sus impresiones en los *lieder*, escritos rápidamente, y muchos de ellos, abandonados después por el mismo autor. En esas impresiones fugitivas puso el compositor lo mejor de su alma, le dió su espíritu, creó el ambiente, de una nada hizo un mundo.

En las sonatas, en los cuartetos, en las sinfonías, además de los

elementos del *lied*, hay una parte constructiva, fatal, que obliga al compositor a un trabajo temático, rígido e inflexible. Aun suponiendo que la exposición de temas presente (y es mucho suponer) las características de una canción, viene detrás la explicación de los temas, sometidos a un desarrollo que los tritura, los pulveriza, los hace caminar en un proceso tonal modulante, inmenso círculo, cuyo extremo apunta la reexposición de las melodías y, por si fuera poco, allá lejos se vislumbra una *coda*, resumen y síntesis de la obra. Schubert, el admirador más ardiente que tuvo Beethoven, bien pudo comprender la magistral operación a que el gran sordo sometía sus temas y el sumo cuidado de no desviarse jamás de su modo expresivo, de la luz tonal, de su perfil característico. Pero ni él hubiese tenido paciencia para ello, ni lo incierto de su existencia se lo hubiese permitido. Escribía sin cesar, pasando frío y hambre, saltando de una canción a una sinfonía, dejando a manos llenas tesoros de bellezas, cual mina inagotable. Una reunión de amigos, en casa de Spaun, o en la hostería de «La botella azul», le daba la felicidad por unas horas, para reanudar al día siguiente la ardua labor de creador. Fué el prototipo del músico pobre, con su cara inexpresiva y sus lentes, eterno paseante de la gran ciudad de Viena. Ahora, su casita del barrio de Lichtenthal tiene aspecto de santuario y con profundo respeto se contemplan aquellos lentes, encerrados en una vitrina, y el pianoforte en donde sonaron por primera vez las maravillosas creaciones de su genio.

Joaquín Turina